



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
VII**

Séptimo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Dimensionaje*, *Trasplante experimental*, *La granja experimental*, *Hemos llegado*, *Los intermedios*, *Avería*, *El naufrago*, *Todo va bien*, *Toreo teledirigido*, *La nube de la vida*, *La pareja que amaba la soledad*, *Confusión en el hospital*, *La tumba del astronauta*, *Marchando hacia atrás*, *La sed de sonido*, *La dulce mentira*, *El regreso de la luz*, *Fantasías de la era atómica*, *La historia de Martín Vilalta*, *El libro*, *El hombre mecánico*, *35, sin regreso*, *Las tablas de la ley*, *Lo que sucedió por beber agua*, *PSI*, *Los exploradores*, *Las formas del lago*, *La caída*, *El tigre bueno*, *Confesión de un 'grats'*, *Flores de cristal*, *El anticuario*, *Independencia* y *Bjorck*.

Dimensionaje

Francisco Lezcano Lezcano

I

Arkus estableció contacto con Armus, Mirka, Zorius y Tratus.

—¿Preparados para el paso a la nueva dimensión? — preguntó.

—Sí —vibraron todos casi al mismo tiempo. Arkus contrajo satisfecho sus vacuolas y, decididamente, se puso a contar hasta cero antes de pulsar el mecanismo.

—Bar, ber, bir, bor, bur...

Dentro de los Ombligos Protectores, los dimensionantes rogaban a la Gran Mente para que la expedición alcanzara el proyectado destino y el dimensionaje resultase perfecto.

—Baer, bior, buoar, buer, ¡buear!

Al entrar en acción el sistema rompedor de dimensiones, el «Mir Or Arzu» se estremeció como si sus moléculas de silicio viviente fueran a desintegrarse. Cada Cosa sentía la intensa molestia de siempre en sus agudas púas. Arkus, empotrado en el puesto de dirección, apenas podía moverse. Y quería ver a sus compañeros; con esfuerzo prolongó hacia atrás sus ojos palpadores... Ellos, los copilotos, reflejaban mucho la dura prueba a que estaban sometidos. Ni

uno conservaba erecta la trompetilla que tanto muestra la serenidad físico-síquica en los Arbarbazorianos. Bruscamente terminó la tortura. Todo se tranquilizó. E igual que cada vez que llega la paz, allá, la emisora de colores tangibles saltó automáticamente llenando el ambiente de espectrografías acariciadoras.

Ellos no tienen boca para sonreír, pero sus cuerpos duros y redondos como pelusonas bolas de billar, aunque con flexibilidad de caucho, despedían el grato aroma que podemos llamar carcajada de alegría. Convulsos (digamos) abandonar sus lecho-ombigos protectores para mirar afuera a través de las escotillas de cristal negro.

—¿Dónde estamos, Arkus? —preguntó alguien.

—No lo sé. Hay Abajo y hay Arriba. Tomaremos el Abajo dejando que la transportadora actúe.

El «Mir Or Arzu» se detuvo en el aire cuando Arkus olió la célula fotoviva del gran panel central de órdenes reflejo-biológicas. «El Mir» fue descendiendo lento, tal como una estrafalaria araña azul de quebradas patas y voluminosos ojos carmesíes que flotara ingrávida... El dimensionaje había sido perfecto, pero aún lo fue más la toma de contacto.

El preámbulo de preparativos para salir al exterior resultó rutinario. Lo importante es que estuvieron correteando por su nuevo descubrimiento... A las 4.500, según hora de Arbarbazoria, cuando hicieron estallar varias diminutas bombas al pie del «Mir Or Arzu» para sacar muestras del suelo, ocurrió la hecatombe; el Abajo se agitó, grandes promontorios y pequeñas cordilleras brotaron de la inmensa llanura (que para nosotros no es inmensa, y menos aún llanura; apenas un órgano cóncavo de dos centímetros cuadrados). La luz se fue. Oleadas de gelatinoso líquido, tan altas como la nave, vinieron desde todas partes bramando estruendosas, arrollando. Nada..., nadie quedó entero ni vivo...

II

... Andrés estaba conduciendo tranquilamente su camión cuando, lanzando un alarido, soltó el volante para llevarse las manos a un ojo. El camión subió a la acera y atravesó el gran escaparate de una peletería. El accidente pareció ilógico y fabulosamente estruendoso en la infinita paz de aquellos contornos...

III

... Andrés recobró el conocimiento con lentitud y muy inquieto, pero se tranquilizó frente a la patriarcal figura del viejo doctor Enmanuel.

—No es nada —le dijo éste—. Está usted a salvo, en la clínica presidente Junco Barrios. Déjeme mirar de nuevo su ojo. Jamás sabré qué cosa se le introdujo en él y le hizo eso en la córnea...

Trasplante experimental

Francisco Lezcano Lezcano

I

Amuk se despertó cuando la luz que penetraba a raudales por las ventanas de las rocas le dio de lleno en el rostro y el calorcillo de media mañana se le extendió sobre el cuerpo. Abrió los ojos: al ver los lechos vacíos comprendió que ninguno de sus hermanos estaba ya en casa. Y comprendió también hasta qué punto el sueño le había tenido apresado; esto le fastidió, más por sus padres, a los que procuraba dar siempre una cariñosa y prolongada caricia cuando salían temprano para el trabajo; pero sus padres le estaban tratando con excesivo mimo desde que había ingresado en los grupos superiores de Sabiduría: le alimentaban mejor y preferían verle dormir largas horas, aun a sabiendas de lo mucho que le agradaba la despedida y hacer de subpadre cuidando de sus hermanos. Amuk saltó del lecho y mientras se vestía supuso que todos estarían afuera buscando alimento. Aspiró con deleite una gran bocanada de la límpida atmósfera amoniaca que penetraba por los respiraderos del techo, y dilató los pliegues de su garganta para terminar de desperezarse; luego, dando un suave salto, cruzó, ligero como una pompa, sobre el cuenco donde

su madre solía poner cada cien ciclos una docena o más de dorados huevos. Salió por una hendidura. En efecto: en el exterior se encontraban sus dos docenas de hermanos menores flotando plácidamente o jugueteando unos con otros. Sus físicos, añiles y fusiformes, destelleaban. Todos chillaban felices y excitados. En el aire los blancos copos que servían de alimento, traídos por el viento, formaban artísticos remolinos. Amuk se proyectó sobre dos buenos bocados que flotaban a su derecha y los engulló con apetito. A continuación se unió al divertido juego de sus hermanos. Estarían jugando hasta el regreso de sus padres. Llegarían muy cansados de trabajar en la cuadrícula de Almutak, donde contribuían con sus esfuerzos a construir una nueva ciudad cerca del río, según aconsejaban a menudo las visiones del Gran Sabio. Él y sus hermanos se habían ofrecido repetidas veces para la magna obra, pero todavía eran demasiado pequeños y débiles para realizar labores de fuerza. Ni siquiera les permitían alejarse de la casa. Sólo podían hacerlo cada tres días camino de la escuela, donde el Gran Sabio enseñaba los secretos de la vida y de la muerte...

II

Berman miró con su único ojo compuesto a Borman. —Acabamos de entrar en la órbita del planetaide elegido para el experimento —le dijo.

—De acuerdo —respondió el Jefe Borman, sin soltar los controladores—. Ahora estabilice la nave sobre la zona que se ha premarcado para la Operación.

—¿Cree usted que este animal se adaptará? —indagó Berman mientras pulsaba los doscientos botones correspondientes a las maniobras de estabilización y anclaje.

—Espero que sí. Aunque a mí me parece un bicho bastante estúpido.

—Los científicos cada vez nos exigen misiones más disparatadas.

—Es seguro que no serán tan absurdas como a nosotros se nos antoja. Tendrán muy buenas razones para actuar así con este bicho traído del satélite Akra.

—¿Pensarán fundar alguna colonia en este planeta de atmósfera amoniaca?

—¡Yo qué sé!... Ande, ordene al cerebro electrónico lo que debe hacer y comunique a los robots que introduzcan al animal en el expulsor para lanzarlo hacia su meta.

III

En el interior del cilindro, el ser del satélite Akra abrió los ojos. Cuando se dio cuenta de que los horribles escarabajos secuestradores le habían encerrado en un tubo de acero, volvió a interrogarse por enésima vez, lleno de terror, qué pretenderían hacer con él. Intentó moverse sin poder conseguirlo, porque todos sus músculos se hallaban bajo los efectos de una droga paralizante. Agudizó el oído: su presunto féretro vibraba, pero no se escuchaba nada.

—¡Oh, Bulbu de las Cavernas Blancas, apiádate de mí! —gimió. De nuevo las imágenes últimas de su memoria le llegaron con toda nitidez. Recordó que una fuerza extraña le había apresado cuando andaba de regreso a su hogar por la carretera principal de Iván, después el vacío y la negrura, más tarde aquel horrible encierro y su gran congoja al pensar en sus mujeres y los niños. Estarían llorando. Andarían buscándole. Nadie sabría jamás cómo fue posible su desaparición. ¿Quién podría suponer que unos repulsivos entes de negro cuerpo y rojiza pupila le tenían secuestrado?... Repentinamente comenzó de nuevo a sentir mucho sueño y una rara sensación por todo el cuerpo que agudizaba su parálisis muscular. ¿Pensaban probar su resistencia?

¿Pensaban matarlo? Intentó oponerse, pero el sueño se apoderó de él...

Mucho tiempo después abrió los ojos y vio que el techo del cilindro tenía corrida una compuerta, y allá arriba se distinguía el cielo violeta. ¿Estaba ya en casa? ¿Para qué entonces todo aquello? Se incorporó con una gran sensación de agotamiento y miró furtivamente afuera. El paisaje, aunque familiar, le era totalmente desconocido. ¿Dónde se hallaba? Diose cuenta que a un lado del cilindro tenía algunas armas y otras cosas. Sí, le habían dejado un fusil adormecedor, cajas con medicamentos y utensilios para una larga permanencia en zona deshabitada. Nada de comida. Llegó a la conclusión de que el arma le sería de utilidad para sobrevivir con la caza y que con toda seguridad idéntico pensamiento bullía en la mente de los negros secuestradores. Inició una cautelosa exploración de los alrededores. No podía saber si se hallaba en su tierra. El sitio era muy parecido a Vilma, pero existían diferencias de proporción, allí todo parecía minúsculo. ¿Dónde estaría?... Pensó averiguarlo más tarde, ya que de momento lo más importante era cazar algo para comer... Llevaba quince círculos sin probar bocado. Tomó el arma y caminó procurando no hacer crujir demasiado el quebradizo terreno que se hundía bajo su séxtuple pisada. Al poco distinguió a lo lejos un grupo de Bibis muy parecidos a los de su tierra, aunque bastante más pequeños y con un color menos oscuro. Estaban flotando alegremente en el centro de un llano entre remolinos de blancos hongos. Experimentó una enorme alegría al descubrir tan buena comida. Sabía que los Bibis eran muy listos y desconfiados; por esto, se agachó para no ser descubierto, y dejó de caminar para arrastrarse como una culebra.

Amuk se detuvo en el aire, bruscamente sobresaltado por un horrible presentimiento. Sus hermanos le rodearon, alarmados ante su actitud.

—¿Qué ocurre, Amuk?

—Hay una amenaza muy cerca, ¿no lo notáis?

—No, no sentimos nada.

—Sí..., claro..., sois demasiado pequeños...

—¿Pero qué hay?

—Ya os he dicho que una amenaza. Meteos en casa...

Todos y apresuradamente saltaron el espacio que les separaba del hogar. Penetraron con rapidez por las hendiduras bajas de las rocas y no pararon de huir hasta alcanzar el dormitorio. Amuk atendió un poco más para cerciorarse de que su sentido no le mentía. Entonces retrocedió hacia la casa sin dejar de captar el enorme peligro acechador.

V

—¿Qué hace ahora, Jefe Borman?

—Parece que se va adaptando mejor de lo que a primera vista supusimos. Por ahora ha comprendido la importancia de buscarse sustento por sí mismo. Se halla a punto de emplear su burdo lanzaobjetos narcóticos.

—¿Quiere decir que ya podemos retirarnos?

—Antes hemos de situar en órbita un satélite vigilador...

—¡Ah!

Berman y Borman cumplieron con los últimos tramos de lo programado. E inmediatamente, dando un enérgico impulso a su «salta-dimensión-comba-espacios», desaparecieron.

VI

El ser que había sido secuestrado chasqueó fastidiado la lengua cuando distinguió que los Bibis habíanse retirado a sus guaridas. Ahora la cosa sería más difícil. Tendría que aproximarse con toda clase de precauciones para tratar de abatir a alguno dentro de la misma cueva. Pero lo malo estaba en que las entradas eran excesivamente angostas para él. Avanzaría con sigilo y dando un amplio rodeo por si un Bibi más curioso que los otros se decidiera a salir.

VII

Amuk cargó con dos grandes dardos venenosos la gran ballesta de su padre; entretanto sus horrorizados hermanos ni se atrevían a salir de debajo de las camas. Él tenía que protegerlos del espantoso monstruo de largas patas que se les venía encima emitiendo radiaciones agresivas. El monstruo era enorme como una montaña. Amuk no estaba plenamente convencido de que la horrible cosa pudiera ser derrotada con dos simples dardos tóxicos. No obstante, apuntó en cuanto la gran cabezota verde ocupó casi toda la ventana.

VIII

El ser descubrió al Bibi, oculto tras una abertura circular, mirándole con ojos de espanto. Pensó que era pieza segura de cobrar. Alzó muy despacio la bola amarilla que sujetaba en una mano y apuntó con ella al mismo tiempo que pensaba en los del ojo rojo: a lo mejor los había juzgado mal, tal vez volverían a buscarle para volverlo junto a sus mujeres y a sus hijos...

IX

Amuk no esperó más. Apretó el gatillo de la ballesta y los dos dardos escaparon como centellas hacia su objetivo. El monstruo chilló horriblemente y se contorsionó cuando los proyectiles se le incrustaron en la verde cabezota, y al fin quedó muerto con una gran expresión de perplejidad. Todos los niños dejaron su escondite y huyeron, con Amuk al frente, en busca de sus padres.

X

Berman volvió a mirar a Borman y le dijo:

—¿Ha oído usted, Jefe Borman?

—¿El qué?

—El chasquido de aviso del Controlador Cuatro.

—No lo he oído. Acuda a ver qué dice.

Berman recorrió la media docena de metros que le separaban del Controlador que, al verle llegar, emitió un run-runeo de saludo y expulsó por la ranura de su panel central una cuartilla con el informe. Berman se lo entregó a Borman, que reflejó bien a las claras con sus antenas el disgusto recibido:

—Esto quiere decir, amigo Berman, que el bicho era verdaderamente tonto. La máquina concreta que ha muerto herido por un ser inferior e insignificante. ¡Bah! Un viaje tan largo para nada. Regresemos...

La granja experimental

Francisco Lezcano Lezcano

El taxi se elevó para evitar el gran edificio de Laser-Comunicación.

Thork y Sthark miraron hacia abajo. Comprobaron que se habían desviado un poco de la ruta. Thork indicó en alta voz la dirección exacta que deseaba tomar.

El auto-antigravedad recogió la orden. En el centro de la ciudad el cerebro electrónico encargado del control cibernético recibió el deseo de los clientes. Al instante corrigió la anomalía y transmitió la rectificación al taxi que, acelerando su carrera, partió hacia su destino exacto.

Thork y Sthark admiraron esta precisión. Reconocían que la línea de transportes era perfecta.

El taxi descendió suavemente hasta menos de treinta centímetros sobre el suelo. Automáticamente se abrieron las portezuelas y los dos pasajeros salieron.

—Se puede retirar. Vuelva dentro de una hora, si puede hacernos este favor —dijo Thork al auto.

—Como guste, señor —respondió el vehículo a través de un altavoz disimulado. Y casi instantáneamente saltó hacia lo alto, perdiéndose entre las nubes.

—Y bien, amigo Sthark, hemos llegado. He aquí la explotación. Los animales son pacíficos. Difíciles de criar. Pero puedo asegurarle que el esfuerzo compensa. Ahora es el momento. Luego, cuando la competencia aumente, los

precios bajarán. El alimento que segregan es abundante y succulento. Se lo arrebatarán de las manos...

Sthark se quedó admirado ante la extrema limpieza de las instalaciones. En la llanura, cinco gigantescas esferas de metal pulido brillaban como lunas.

—¿Y bien, señor Thork?

—Mire: en la esfera del lado derecho se encuentran las hembras solteras prestas para el apareamiento. La comida llega hasta ellas automáticamente. Es necesario mezclarle vitaminas, hormonas sexuales y tranquilizantes. Es importante para mantenerlas en forma. Todos estos animales son muy propensos a la claustrofobia. Hay que tener un extremo cuidado, si no, se mueren o se matan. Por tanto, las drogas son vitales.

»Estamos seguros de que, después de dos generaciones, se habrán adaptado perfectamente a la cautividad...

»Esta esfera, a la izquierda, es el recinto de los machos, con los que ocurre lo mismo... Machos y hembras ponen en las mismas celdas que ocupan. El delicado manjar que producen desciende por un conducto hasta la pequeña esfera central. Allá abajo, las centrifugadoras separan el elemento sólido del líquido... ¡Inspire con fuerza!... El olor que llega hasta aquí es muy agradable. Al fondo los acoplamos cada siete meses, haciendo combinaciones para que los nacimientos no se interrumpan. Son muy prolíficos. Las crías son colocadas en incubadoras desde su nacimiento, en aquella bola verde.

Thork y Sthark se aproximaron a una mirilla. Sthark miró. No pudo evitar un gesto de temor y de aprensión.

—Tienen un aspecto muy desagradable. Son monstruosos... ¡Sobre qué horrible y lejano planeta han podido nacer estas cosas!...

Thork rió divertido:

—¡Vamos! Le voy a hacer probar el líquido y la pasta.

Los dos penetraron en una de las pequeñas esferas donde se embotellaba automáticamente el producto.

Thork pidió lo que deseaba a una pequeña máquina rodante apropiada para hacer de sirviente.

—Dos vasos con extracto líquido y sólido.

Sthark lo probó con cierta desconfianza. Pero se vio obligado a reconocer que tenía muy buen gusto. Y repitió varias veces el succulento bocado. Enseñando sus bellos dientes preguntó:

—Dígame, por curiosidad, ¿ha conseguido usted averiguar como se llaman estas bestias?

Thork movió dubitativamente sus patas de arácnido.

—No lo sabemos con exactitud. Escrutando en su espíritu nos ha parecido comprender que se llaman HOM-BRES...